

HOLY SEE PRESS OFFICE  
OFICINA DE PRENSA DE LA SANTA SEDE



BUREAU DE PRESSE DU SAINT-SIEGE  
PRESSEAMT DES HEILIGEN STUHLS

# BOLLETTINO

SALA STAMPA DELLA SANTA SEDE

N. pontif

Jueves 18.03.2021

## Audiencia a la Comunidad del Pontificio Colegio Belga

Esta mañana, en el Palacio Apostólico Vaticano, el Santo Padre Francisco ha recibido en audiencia a la Comunidad del Pontificio Colegio Belga con motivo del 175 aniversario de su fundación.

Publicamos a continuación el discurso que el Papa ha entregado a los presentes en la audiencia.

### Discurso del Santo Padre

Queridos hermanos

Me alegra recibirlos con motivo del 175º aniversario de vuestro Colegio, el Pontificio Colegio Belga, que tuvo entre sus alumnos a san Juan Pablo II. Agradezco al rector, Monseñor Smet, sus palabras de presentación.

En la víspera de la solemnidad de san José, en este año dedicado a él, y sabiendo que el Colegio Belga tiene como patrono celestial al Custodio del Redentor, podemos mirar hacia él, como ministros de Cristo, para esbozar algunas consideraciones sobre la identidad del pastor y el modo de ejercer la paternidad con los que nos han sido confiados. Como sabéis, la paternidad es el tema principal de la carta apostólica *Patris corde*, que escribí para celebrar el 150 aniversario de la proclamación de san José como patrono de la Iglesia Universal.

En primer lugar, san José es *un padre que acoge*. En efecto, tras superar toda rebeldía y dejar de lado sus planes personales, aunque fueran legítimos, amó y acogió a María y a Jesús, una esposa y un hijo muy diferentes de la visión de la vida familiar que él hubiera deseado, pero por ello tanto más custodiados y amados por él. Por lo tanto, José no buscó explicaciones para la sorprendente y misteriosa realidad con la que se encontró, sino que la acogió con fe, amándola así como era.

En este sentido, san José es un maestro de vida espiritual y de discernimiento, y podemos invocarlo para que nos libere de las ataduras de las demasiadas reflexiones en las que a veces acabamos perdiéndonos, incluso con las mejores intenciones. Manifiestan nuestra tendencia a "aferrar" y "poseer" lo que nos sucede,

en lugar de acogerlo en primer lugar tal como se nos presenta.

Pensemos -por poner un ejemplo concreto y cercano a nosotros- en un sacerdote que llega a una nueva parroquia. Esa comunidad le preexiste, tiene su propia historia, hecha de alegrías y de heridas, de riquezas y de pequeñas miserias, que no puede ser ignorada en nombre de ideas y de planes pastorales personales que uno no ve el momento de aplicar. Este es un riesgo en el que podemos caer. El nuevo párroco debe amar primero a la comunidad, gratuitamente, sólo porque ha sido enviado a ella; y poco a poco, amándola, la conocerá a fondo y podrá contribuir a encaminarla por nuevos senderos.

San José es además *un padre que custodia*. Ser *custodio* es una parte esencial de su vocación y misión. Es una tarea que José vivió " con discreción, con humildad, en silencio, pero con una presencia constante y una fidelidad total, aun cuando no comprende"; la vivió " con la atención constante a Dios, abierto a sus signos, disponible a su proyecto, y no tanto al propio" (*Homilía*, 19 de marzo de 2013). Por eso, cumplió esta tarea con la libertad interior del siervo bueno y fiel que sólo desea el bien de los que le han sido confiados.

Custodiar -para José, como para todo sacerdote que se inspira en él para su propia paternidad- significa amar con ternura a quienes nos han sido confiados, pensando ante todo en su bien y en su felicidad, con discreción y con perseverante generosidad. Custodiar es una actitud interior, que conduce a no perder nunca de vista a los demás, sopesando de vez en cuando cuándo retirarse y cuándo acercarse, pero manteniendo siempre un corazón vigilante, atento y orante.

Es la *actitud del pastor*, que nunca abandona a su rebaño, sino que, respecto al mismo, se coloca en una posición diferente según las necesidades concretas del momento: delante para abrir el camino, en medio para animar, detrás para recoger a los últimos. Es a lo que está llamado el sacerdote en su relación con la comunidad que le ha sido confiada, es decir, a ser un *custodio* atento y dispuesto a cambiar, según lo que la situación requiera; a no ser "monolítico", rígido y como enyesado en un modo de ejercer el ministerio que quizá sea bueno en sí mismo, pero que no es capaz de captar los cambios y las necesidades de la comunidad.

En cambio, cuando *un pastor ama y conoce a su rebaño*, sabe hacerse esclavo de todos (cf. 1 Cor 9,19) y hacerse todo a todos para salvar a toda costa a algunos (cf. 1 Cor 9,22), como escribió San Pablo. No se pone a sí mismo y a sus propias ideas en el centro, sino el bien de aquellos a los que está llamado a cuidar, evitando las tentaciones opuestas del dominio y del descuido.

Por último, san José es *un padre que sueña*. No un "soñador" en el sentido de alguien con la cabeza en las nubes, alejado de la realidad, no, sino un hombre que *sabe mirar más allá de lo que ve*: con una mirada profética, capaz de reconocer el plan de Dios donde otros no ven nada, y de tener así una meta clara hacia la que tender. En efecto, San José supo ver en María y en Jesús no sólo a una joven esposa y a un niño: siempre veía en ellos la acción de Dios, la presencia de Dios.

Así, custodiando la fragilidad del Niño y de su Madre, José miró más allá de sus deberes de padre de familia y, prefiriendo creer a Dios más que a sus propias dudas, se ofreció a Él como un instrumento para la realización de un plan más grande, en un servicio prestado de forma apartada, generoso e incansable, hasta el silencioso final de su propia vida.

Del mismo modo para los sacerdotes, es necesario saber soñar con la comunidad que se ama, no limitándose a querer conservar lo que existe -¡conservar y custodiar no son sinónimos! - estar dispuestos, en cambio, a partir de la historia concreta de las personas para promover la conversión y la renovación en sentido misionero, y hacer crecer una comunidad en marcha, formada por discípulos guiados por el Espíritu e "impulsados" por el amor de Dios (cf. 2 Co 5,14).

Queridos sacerdotes, en este año dedicado a él, os invito a redescubrir de modo particular en la oración la figura y la misión de san José, dócil a la voluntad de Dios, humilde autor de grandes empresas, siervo obediente y creativo. Os hará bien ponerlos a vosotros mismos y a vuestras vocaciones bajo su manto y aprender de él *el arte de la paternidad*, que pronto estaréis llamados a ejercer en las comunidades y en los

ámbitos y servicios ministeriales que os encomienden. os acompaño con mi oración y mi bendición. Y vosotros también, por favor, rezad por mí. Gracias.

---